

Editorial

MANUEL GUEDÁN

Director de Quórum

Cuando se lleva a la imprenta un texto que va a ser publicado treinta o cuarenta días después, siempre queda la duda de que pueda quedarse un tanto obsoleto. Este editorial se escribió cuando la guerra anunciada acababa de estallar y cuando la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas habían empezado a izar las banderas a media asta, en señal de duelo por las víctimas del conflicto bélico.

Decía Henry Miller que cada guerra es una destrucción del espíritu humano y Plinio el Joven la consideraba un atentado contra el género humano. No sabemos todavía las consecuencias de este ataque ni los nuevos escenarios que se van a abrir. Pero lo que es probable, tal y como se ha desarrollado la pre-guerra, es que el mundo no va a ser mejor de lo que era y que se van a ver alteradas la coyuntura económica, las relaciones políticas internacionales y el sistema multilateral, creado tras la II Guerra Mundial.

Parecen perfilarse dos grandes concepciones muy diferenciadas en el futuro de la situación internacional: por un lado, la de China y la de los EE. UU., que se empeñan cada vez más, en actuar unilateralmente, permaneciendo al margen del Protocolo de Kioto, del Tratado de Prohibición de Minas Antipersonales, de la Corte Penal Internacional y de la ONU. La otra gran concepción estratégica es la de los países que quieren compartir la soberanía, los de la Unión Europea, por ejemplo. EE.UU. no sólo ha emprendido una guerra contra Irak al margen del Consejo de Seguridad, sino que, desde el principio, ha manejado tan mal esta crisis que lo que intentó ser una gran coalición, ha quedado en un alianza militar anglo americana. Pero no puede continuar así. Cuando llegue el momento de la reconstrucción, van a ser necesarias la ONU y de la UE, lo mismo que va a ser necesario, como dice el analista Andrés Ortega, *reinventar instituciones de gobernanza global y utilizar y remozar las ya existentes.*

Quórum, por ser una revista universitaria, ofrecerá en sus próximos números diversos puntos de vista y análisis sobre el nuevo orden o “desorden” internacional, desde el rigor y la pluralidad. Pero el ritmo que nos hemos marcado —es una revista cuatrimestral— nos impide marchar en paralelo con los acontecimientos. Sólo a través de la sección de Actualidad, trataremos de no alejarnos excesivamente del acontecer internacional.

Este número especial de Quórum, en el que ha colaborado directivos de las más empresas más importantes, responsables de la Administración española y

analistas, quiere contribuir a valorar lo que son hoy las inversiones españolas en América Latina: un acontecimiento sin precedentes, que ha cambiado de forma radical el sentido y la dimensión de las relaciones de España con un continente que habla las lenguas de la Península Ibérica. España ha pasado de tener una presencia económica prácticamente insignificante, a principios de los años noventa, a invertir 9,1 mil millones de dólares en 1997 y 13,2 mil millones en 1998, el 72% del total de inversiones en la región. Sólo en Argentina, España invirtió, en diez años, 41.000 millones de dólares, el 25,2% de la inversión extranjera, situándose así a escasa distancia del principal y tradicional inversor, los Estados Unidos. Uno de los sectores de mayor trascendencia es el financiero, protagonizado por los bancos Santander y BBVA, que representa hoy un tercio de los activos de todos los bancos extranjeros en la región y se sitúa, incluso, por encima de los bancos norteamericanos, líderes históricos del sector.

Estas impresionantes inversiones han “revolucionado” la naturaleza de nuestras relaciones en la última década. Durante los primeros quince o veinte años de democracia española estuvimos demasiado ocupados porque, por un lado, teníamos que consolidar nuestro nuevo sistema político y, por otro, necesitábamos conocernos tal y cómo éramos, ya que el franquismo, con su ideología imperial y rancia, nos lo había impedido. Nuestros esfuerzos hacia América Latina, en los años ochenta y principios de los noventa, se destinaron a ayudar a los demócratas para que pusieran fin a sus dictaduras, y a favorecer, junto a los otros países europeos, los procesos de paz en Centroamérica. Sólo después empezaron a llegar las inversiones y todavía los españoles no nos hemos acostumbrado a valorar y a extraer las consecuencias del enorme peso que, en la economía latinoamericana, han alcanzado el conjunto de las multinacionales españolas. No hemos analizado aún este hecho sin precedentes, que marca, de manera decisiva, el futuro modelo de relación a mantener.

Un factor nuevo, que viene a sumarse al anterior y que está también llamado a marcar el futuro de nuestras relaciones, es que, durante estos últimos años, España se ha convertido en uno de los países de mayor acogida de los movimientos migratorios latinoamericanos. Se ha completado así el círculo en todos sus tramos: relaciones políticas interestatales, política de cooperación al desarrollo, relaciones culturales, comercio e inversiones y acogida de emigrantes. Pero, lógicamente, no todos los campos de esta relación han madurado a la misma velocidad. En mi opinión, se está quedando rezagada, quizás porque no están dedicando recursos insuficientes, la política de cooperación al desarrollo y, dentro de ella, la que hacen las universidades españolas. Se debería dar un mayor impulso a la cooperación universitaria al desarrollo y se debería prestar particular atención a la elaboración de una estrategia para el medio y largo plazo, que prevenga contra la tentación de caminar sin rumbo ni modelo. Nadie ignora la importancia que tiene la formación superior en el desarro-

llo de un país. De lo que se trata ahora es de acompañar las declaraciones programáticas con proyectos concretos, que tengan líneas presupuestarias suficientemente dotadas.

Las Universidades tienen recursos propios, sobre todo humanos, y son, por tanto, un buen socio para las Administraciones Públicas en sus programas de cooperación. Ahora bien, no seríamos justos si no reconociéramos la parte de responsabilidad que deben asumir las propias universidades para lograr hacer una cooperación al desarrollo de calidad.

Igual importancia debemos conceder a la búsqueda de campos de colaboración entre las empresas y las universidades porque la investigación aplicada y la formación de recursos humanos son parte de un mismo interés común. Además, en mi opinión, las universidades podemos ser de gran ayuda para que las empresas españolas cumplan con lo que hoy ya se denomina responsabilidad social de la empresa, un asunto importante, al que vamos a dedicar el Tema Central de un número próximo.

En la historia de las relaciones económicas internacionales es la primera vez, quizás, que un país invierte tanto en un continente, en tan breve espacio de tiempo y esta circunstancia, en sí resulta positiva, aunque no esté exenta de problemas.

El primer problema con que se enfrentan las empresas españolas en América Latina es, lógicamente, el derivado del entorno económico recesivo y de las agudas crisis de Argentina, Venezuela y Colombia. Según un estudio de la consultora KPMG, por primera vez desde 1993, en el 2002 las inversiones españolas descendieron en un 59% en comparación con el año anterior.

El segundo problema, apenas tratado en las páginas salmón de los diarios y de las revistas económicas, aunque sí en los niveles de dirección de las empresas y en el propio Gobierno, es el derivado de cómo se ha efectuado el posicionamiento estratégico por parte de las multinacionales españolas.

Como es sabido, una gran empresa, al diseñar la estrategia de entrada en un país, debe contemplar multitud de aspectos que van más allá de los estrictamente económicos. Si la dirección tiene vocación de invertir en el largo plazo, deberá tener un buen conocimiento del funcionamiento y de los hábitos de los poderes públicos, así como de las fuerzas políticas y sociales que actúan en ese país. Sus directivos, además deberán tener un conocimiento suficiente de la historia, la cultura, los medios de comunicación y la idiosincrasia del lugar en el que van a trabajar.

Y en el caso español, todo indica que en el posicionamiento estratégico de las multinacionales no se han tenido en cuenta esa multitud de elementos, que hubieran evitado entrar, según dice ese viejo refrán castellano, “como un burro en una cacharrería”. Ciertamente que vivimos en un mundo competitivo y que

no es achacable únicamente a errores propios, que haya calado en algunos países esa consigna de que “vuelven los conquistadores”, en referencia a la rápida entrada de las empresas españolas en sectores claves de la economía de los países latinoamericanos. Signos hay de que las multinacionales de otras banderas -porque cuando interesa también las empresas tienen bandera- han contribuido de forma interesada a difundir dicha consigna. Pero lo cierto es que ha habido errores propios y que va a haber que reflexiona para adoptar medidas similares a las que practican otros países, con más experiencia que el nuestro.

Hoy la imagen de España se está viendo afectada seriamente en todo un continente que, por muchas razones, debe seguir siendo un aliado estratégico de nuestro país. Para España, la existencia de “lo Iberoamericano” en este mundo globalizado es de gran trascendencia. Es, con perdón, lo que nos singulariza frente a otros socios europeos, como pueden ser Holanda, Bélgica o Italia. Y la magnitud del problema es tal que los poderes públicos españoles han empezado a actuar. La Fundación Carolina, que ha nacido como un esfuerzo conjunto de gobierno y empresas, creemos que va en esa dirección.

Nadie pone en duda que las empresas tienen que rendir cuentas a sus accionistas, al final de cada ejercicio, y que éstos lo que quieren son dividendos. Pero las empresas modernas saben que hoy ya no pueden obtenerse beneficios en permanente conflicto con las sociedades en las que trabaja. Estamos en un mercado abierto y hay que ser competitivos también con las empresas que están dispuestas a hacer compatible ética y beneficio y a adquirir compromisos con el desarrollo económico, social y cultural de los países.

Las empresas españolas tienen que hacer patente ese compromiso de largo plazo con el desarrollo de América Latina y “la inversión española debe trascender la modernización de las infraestructuras de las telecomunicaciones, de la energía y la estabilización del sector financiero y contribuir a la mejora de la competitividad internacional de la región. Los latinoamericanos deben sentir que los españoles desean comprar sus productos. España debe ser también el puente de acceso de América Latina por Europa”, como dice la revista *Foreign Affairs*, en su versión española, editada por el ITAM, en México. Todo un reto.

Por último, creo que también la región americana debe hacer un acto de buena voluntad y reconocer que la España europea ha trabajado como ningún otro país para que la Unión Europea firme el Tratado de Libre Comercio con los países y sub regiones americanas. Sin España en la UE no se habrían dado los pasos que se están dando y que, sin duda, aportarán un gran beneficio para todas las partes. ●